

Esta es una pequeña muestra del libro  
*La predicación: puente entre dos mundos.*

Para conseguir el libro completo y conocer más  
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

# LA PREDICACIÓN

*Puente entre dos mundos*



# LA PREDICACIÓN

*Puente entre dos mundos*

JOHN STOTT

*Mientras lees, comparte con otros en redes usando*  
**#LaPredicación**

***La predicación: puente entre dos mundos***

John R. W. Stott

© 2000 por Libros Desafío

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *I believe in preaching* por John R. W. Stott. Todos los derechos reservados.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Bíblica, Inc.; las marcadas con la sigla RV60 han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NTV han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © por Tyndale House Foundation, 2010. Usadas con permiso. Todas las cursivas en las citas bíblicas son énfasis añadidos.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-71-4

SDG

# CONTENIDO

|                                                       |     |
|-------------------------------------------------------|-----|
| Prefacio del editor                                   | 7   |
| Introducción del autor                                | 9   |
| 1. La gloria de la predicación: un bosquejo histórico | 15  |
| 2. Objeciones contemporáneas contra la predicación    | 47  |
| 3. Fundamentos teológicos de la predicación           | 85  |
| 4. La predicación como construcción de puentes        | 123 |
| 5. El llamado al estudio                              | 163 |
| 6. La preparación de sermones                         | 191 |
| 7. Sinceridad y fervor                                | 237 |
| 8. Valentía y humildad                                | 269 |
| Epílogo                                               | 303 |
| Notas                                                 | 307 |
| Bibliografía selecta                                  | 319 |



## PREFACIO DEL EDITOR

El concepto de “predicación” ha perdido popularidad en el mundo moderno. “No empieces a sermonearme” se ha vuelto una reacción común cuando la conversación se vuelve hacia temas de moralidad. ¿Por qué esta perspectiva tan negativa? Porque hemos olvidado el verdadero poder de la predicción. Las predicaciones que oímos suelen ser espantosamente aburridas. Son superficiales. No logran conectarse con la vida real. La actitud del predicador sugiere que se siente superior a su audiencia o que quiere obligarla a hacer lo que él dice. No acepta interrupciones ni contradicciones. Hemos visto que incluso algunas predicaciones incitan al odio. En resumen, no es más que un vergonzoso vestigio del pasado que debemos eliminar.

Sin embargo, cuando predicaban Billy Graham o John Stott, acudían multitudes a escucharlos y quedaban cautivados por sus palabras. La razón no es difícil de imaginar. Los grandes predicadores no trafican con los pensamientos de otros ni promueven sus propias ideas. En cambio, saben que su responsabilidad es ser heraldos de lo que Dios ha hecho por la humanidad y que esto exige de la audiencia una respuesta. Creo firmemente que una gran predicción es igual de poderosa y atractiva hoy como siempre lo ha sido.

Sin embargo, las grandes predicaciones son poco frecuentes en la actualidad. Toda una generación de predicadores parece haber perdido la confianza en la Palabra de Dios; pocos se toman ahora la molestia de estudiarla a profundidad y de proclamarla, con claridad y convicción, a partir de ese fundamento.

El Dr. John Stott fue uno de los más grandes predicadores de la segunda mitad del siglo veinte. En el púlpito, en conferencias, en discursos misiioneros, en la radio y en la televisión, ha sido un comunicador sumamente efectivo del evangelio cristiano, tanto en el Reino Unido como en el resto



del mundo. Incontables hombres y mujeres se han convertido a Cristo como resultado de su predicación.

Para escribir bien sobre la predicación, es necesario ser un buen predicador; esto es lo que tenemos en este libro. Cuando se publicó por primera vez, este fue uno de los libros más difundidos de la serie *I Believe* [*Yo creo*] que tuve el privilegio de editar para Hodder & Stoughton hace algunos años, de manera que estoy encantado de que hayan decidido publicar una nueva edición. Estoy seguro de que su impacto será notable.

En este volumen destacado, Stott bosqueja el poderoso efecto de la predicación a lo largo de los siglos. Enfrenta de lleno las objeciones que muchos presentan hoy en contra de la predicación. Demuestra que el predicador debe tener un pie anclado en la Biblia y el otro, en el mundo contemporáneo. Los capítulos sobre el estudio y la preparación de un sermón son inmensamente útiles para cualquiera que desee tomar en serio el encargo de la predicación. La sabiduría, la experiencia y la humildad de John Stott son evidentes en todas sus páginas.

Yo mismo tuve el privilegio de conocer a John y de aprender de primera mano en sus predicaciones. Sigo recordando aquel sermón que predicó en mi boda hace más de cincuenta años. El relanzamiento de este libro le permitirá a una nueva generación de predicadores aprender de él. Este es uno de los libros más extraordinarios sobre cómo proclamar el mensaje cristiano con perspectiva, profundidad y carisma. Si hay un libro que puede estimular un avivamiento en la predicación, es este.

Michael Green  
Oxford, 2013

# INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Es una empresa arriesgada que un predicador predique a otros predicadores sobre la predicación. Ciertamente, no pretendo ser un experto. Al contrario, confieso que en el púlpito a menudo me invade una “frustración al comunicar”, pues el mensaje arde dentro de mí, pero soy incapaz de transmitir a los demás lo que pienso y mucho menos lo que siento. Además, casi nunca bajo del púlpito sin una sensación de fracaso parcial, un estado de penitencia, un clamor a Dios por perdón y la convicción de mirar a Él en busca de gracia para hacerlo mejor en el futuro.

Al mismo tiempo, confieso que soy (por razones que surgirán en los siguientes capítulos) un defensor impenitente de la necesidad indispensable de la predicación, tanto para el evangelismo como para el crecimiento saludable de la iglesia. La situación contemporánea hace más difícil la predicación, pero no la hace menos necesaria.

Se han escrito incontables libros sobre la predicación. Yo mismo he leído casi cien libros sobre homilética, comunicación y temas afines. ¿Cómo, entonces, puede justificarse uno más? Si algo distingue a *La predicación: puente entre dos mundos*, creo que es el hecho de que he intentado reunir varios aspectos complementarios del tema que, a menudo, se han tratado por separado. Así, en el estudio histórico inicial espero que los lectores sientan, como yo, que hay una cierta “gloria” en el ministerio de la predicación, lo que nos prepara para enfrentar con integridad en el segundo capítulo los problemas que la acosan hoy. Aunque en los capítulos cinco y seis busco dar consejos prácticos tanto sobre el estudio como sobre la preparación de sermones, hablo poco sobre asuntos como la presentación, la elocución y los gestos. Esto se debe en parte a que estas cuestiones se aprenden mejor como “aprendiz” de un predicador experimentado, por ensayo y error y con la ayuda de críticos amables. Sin embargo, se debe más a que quiero dar

prioridad a lo más importante y a mi convicción de que los secretos más importantes de la predicación no son, ni de lejos, técnicos, sino teológicos y personales. De ahí el capítulo tres sobre “Fundamentos teológicos de la predicación” y los capítulos siete y ocho sobre características personales del predicador como la sinceridad, el fervor, la valentía y la humildad. Otro énfasis específico que he puesto, nacido de una creciente experiencia y convicción, es en “La predicación como construcción de puentes” (capítulo cuatro). Un verdadero sermón tiende un puente sobre el abismo que hay entre el mundo bíblico y el moderno y debe estar igualmente arraigado en ambos.

Todos los predicadores son conscientes de la dolorosa tensión entre los ideales y la realidad. Algunos lectores sentirán, no solo que he incluido una gran cantidad de citas, sino también que demasiadas provienen de autores de una época pasada, lejana a nuestra situación. En cuanto a las citas en general, simplemente he querido compartir con otros los frutos de mi lectura. Aunque también he escrito con libertad y franqueza a partir de mi propia experiencia, habría sido arrogante limitarme solo a esto. La predicación tiene una tradición ininterrumpida en la iglesia de casi veinte siglos. Tenemos mucho que aprender de los grandes predicadores del pasado, cuyo ministerio Dios ha bendecido de manera tan notable. El hecho de que nuestra realidad sea diferente a la de ellos no me parece razón para no compartir sus ideales.

Otros lectores me considerarán demasiado idealista en un sentido diferente: en el de no tomar suficientemente en cuenta los problemas con los que luchan muchos pastores hoy en día, quienes se encuentran sobrecargados de trabajo y mal pagados. Están expuestos a presiones intelectuales, sociales, morales y espirituales implacables, de las que nuestros antepasados no sabían nada. Tienen la moral baja. Muchos sufren de soledad, desánimo y depresión. Algunos tienen varias congregaciones rurales que atender (pienso en un anciano de una iglesia en el sur de la India que tiene treinta congregaciones, pero solo una bicicleta para visitarlas). Otros luchan en una zona urbana deteriorada y descuidada, con un puñado de miembros y todavía sin líderes. ¿Acaso no estoy estableciendo estándares de estudio y de preparación imposiblemente altos, que puede que sean apropiados para una iglesia urbana o suburbana bien establecida, pero no para una situación pionera de plantación de iglesias? Sí, es cierto que mi propia experiencia se ha

limitado en gran medida a All Souls Church en Londres y a iglesias similares en otros lugares, y que he tenido mayormente en mente a esas iglesias mientras escribía. Sin embargo, me he esforzado por recordar otras situaciones.

Creo que los ideales que he presentado son universalmente ciertos, aunque por supuesto, deberán adaptarse a cada realidad particular. Ya sea que el predicador se dirija a una gran congregación en una iglesia moderna de la ciudad, o que ocupe un púlpito antiguo en una iglesia tradicional de un pueblito europeo, o que esté acurrucado con un pequeño remanente en el rincón lleno de corrientes de aire de un viejo edificio en ruinas que hace tiempo perdió su utilidad, o que hable a una multitud de campesinos en una choza en América Latina o bajo unos árboles en África o que esté sentado informalmente en un hogar occidental con un pequeño grupo reunido a su alrededor, mucho sigue siendo igual (a pesar de todas estas diversidades). Tenemos la misma Palabra de Dios, los mismos seres humanos y el mismo predicador falible, llamado por el mismo Dios viviente para estudiar tanto la Palabra como el mundo, a fin de relacionar lo uno con lo otro con honestidad, convicción, valentía y mansedumbre.

Hoy en día, el privilegio de predicar se concede a un número cada vez mayor de personas diferentes. Aunque he escrito pensando principalmente en los pastores asalariados a tiempo completo, creo firmemente en la pertinencia y en la utilidad de un ministerio en equipo y he recordado tanto a los pastores auxiliares como a los predicadores laicos que pueden formar parte de él. Además, aunque me dirijo a los predicadores, no he olvidado a sus oyentes. En casi todas las iglesias, sería beneficioso que hubiera relaciones más cercanas y cordiales entre pastores y congregación, predicadores y oyentes. Se necesita más cooperación entre ellos en la preparación de los sermones y más franqueza en su evaluación. La congregación promedio puede tener una influencia mucho mayor de la que se da cuenta en el nivel de la predicación que recibe, al pedir sermones más bíblicos y contemporáneos, al liberar a sus pastores de las tareas administrativas para que puedan tener más tiempo para estudiar y prepararse y al expresar su aprecio y ánimo cuando sus pastores se toman en serio la responsabilidad de predicar.

Finalmente, quiero agradecer a algunas de las muchas personas que han ayudado en la redacción de este libro. Comienzo con el reverendo E. J. H. Nash, quien me mostró el camino a Cristo cuando yo tenía casi diecisiete

años, me nutrió y oró por mí con una fidelidad asombrosa, desarrolló mi apetito por la Palabra de Dios y me dio a probar por primera vez los gozos de exponerla.

A continuación, agradezco a la paciente congregación de All Souls Church, que ha sido el yunque sobre el cual he forjado las habilidades de predicación que poseo, y a la familia de la iglesia que me ha rodeado de su amor, ánimo y oraciones. Junto con ellos, agradezco a Michael Baughen, que vino a All Souls como vicario en 1970, me sucedió como rector en 1975 y me ha dado el privilegio de ser miembro de su equipo pastoral y de continuar predicando.

Expreso mi especial gratitud a Frances Whitehead, quien este mes cumplió veinticinco años como mi secretaria, cuya laboriosidad y eficiencia son proverbiales, y quien ha descifrado trabajosamente los garabatos en los que se convierte mi letra cuando la musa celestial desciende sobre mí. Ella ya ha transcrito (o ha participado en la transcripción de) unos veinte libros.

Agradezco a Ted Schroder, nacido en Nueva Zelanda y que ahora ministra en Estados Unidos, quien durante sus cuatro años como coadjutor en All Souls me desafió constantemente a relacionar el evangelio con el mundo moderno. Agradezco también a los innumerables pastores en conferencias, seminarios y talleres sobre predicación en los seis continentes y a los estudiantes de la Trinity Evangelical Divinity School, del Gordon-Conwell Theological Seminary, del Fuller Theological Seminary y de la Theological Students' Fellowship, que me han escuchado dar conferencias sobre este tema. Estos pastores y estudiantes me han estimulado con sus preguntas.

Estoy agradecido con Roy McCloughry, Tom Cooper y Mark Labberton, quienes uno tras otro me han ayudado como asistentes de estudio a tiempo parcial; en especial a Mark, quien además leyó el manuscrito de este libro tres veces e hizo sugerencias útiles, en especial desde la perspectiva de los seminaristas. Agradezco a mis amigos Dick y Rosemary Bird, quienes por muchos años me han acompañado a The Hookses, mi casa de campo en Gales, y desinteresadamente crearon las condiciones para que yo pudiera escribir en paz y sin distracciones. Agradezco también a las numerosas personas que han respondido a las preguntas que les he planteado por escrito, en especial al obispo Lesslie Newbigin, al profesor James Stewart, a Malcolm

Muggeridge, a Iain Murray, a Leith Samuel, a Oliver Barclay, al obispo John Reid y al obispo Timothy Dudley-Smith.

Un agradecimiento especial para Os Guinness, Andrew Kirk, Michael Baughen y Rob Warner por dedicar tiempo a leer el manuscrito y enviarme sus comentarios.

John Stott  
Pascua de 1981



## LA GLORIA DE LA PREDICACIÓN: UN BOSQUEJO HISTÓRICO

**L**a predicación es indispensable para el cristianismo. Sin ella, pierde una parte necesaria de su autenticidad. Porque el cristianismo es, en su misma esencia, una religión de la Palabra de Dios. Ningún intento por comprender el cristianismo puede tener éxito si pasa por alto o niega la verdad de que el Dios viviente ha tomado la iniciativa para revelarse a Sí mismo para salvación a la humanidad caída; o de que Su autorrevelación ha sido dada por el medio de comunicación más directo que conocemos, es decir, mediante una palabra y mediante palabras; o que Él llama a quienes han oído Su Palabra para que la anuncien a otros.

Primero, Dios habló por medio de los profetas, les interpretó el significado de Sus acciones en la historia de Israel y, al mismo tiempo, los instruyó para que transmitieran Su mensaje a Su pueblo, ya fuera de forma oral, por escrito o ambas. Luego, y de manera suprema, habló en Su Hijo, Su “Verbo” hecho carne, y en las palabras de Su Verbo, ya fueran pronunciadas directamente o por medio de Sus apóstoles. En tercer lugar, Él habla por medio de Su Espíritu, que da testimonio de Cristo y de la Escritura y hace que ambos cobren vida a los ojos del pueblo de Dios hoy. Esta declaración trinitaria de un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo que hablan y, por tanto, de una Palabra de Dios que es escrita, encarnada y contemporánea, es fundamental para la religión cristiana. Y es la Palabra de Dios la que hace necesaria nuestra palabra. Debemos anunciar lo que Él ha hablado. De ahí la obligación primordial de predicar.



Este énfasis es, además, exclusivo del cristianismo. Por supuesto, toda religión tiene sus maestros acreditados, ya sean gurús hindúes, rabinos judíos o mulás musulmanes. Sin embargo, estos instructores de religión y de ética, aunque estén dotados de autoridad oficial y de carisma personal, son esencialmente expositores de una tradición antigua. Solo los predicadores cristianos afirman ser heraldos de buenas noticias de parte de Dios y se atreven a considerarse Sus embajadores o representantes que realmente pronuncian “las palabras de Dios” (1P 4:11). “La predicación es una parte esencial y un rasgo distintivo del cristianismo”, escribió E. C. Dargan en sus dos volúmenes de *A History of Preaching* [*La historia de la predicación*]. Y añade: “La predicación es una institución distintivamente cristiana”.

La centralidad y la distintividad de la predicación en el cristianismo es algo que se ha reconocido a lo largo de la larga y rica historia de la iglesia, incluso desde el principio. Por eso, antes de sopesar las objeciones contra la predicación y de considerar cómo responder a ellas, me parece saludable y útil situar el debate contemporáneo en el contexto de la historia de la iglesia. Ciertamente, ni las opiniones tradicionales del pasado ni las voces influyentes del presente son infalibles. Sin embargo, la impresionante unanimidad de su convicción sobre la primacía y el poder de la predicación (y me basaré deliberadamente en un amplio espectro de la tradición eclesiástica) nos dará una buena perspectiva desde la cual ver la posición contraria y nos pondrá en una buena disposición para hacerlo.

### **Jesús, los apóstoles y los padres**

El único lugar para empezar es con Jesús mismo. “El Fundador del cristianismo fue Él mismo el primero de sus predicadores; sin embargo fue precedido por Su precursor y seguido por Sus apóstoles, y en la predicación de estos, la proclamación y enseñanza de la Palabra de Dios mediante el discurso público se convirtió en una característica esencial y permanente de la religión cristiana”. Ciertamente, los evangelistas presentan a Jesús, primordialmente, como un predicador itinerante. “Jesús vino [...] predicando”, anuncia Marcos al presentar Su ministerio público (Mr 1:14; cp. Mt 4:17). Así que fue totalmente legítimo que George Buttrick, más tarde capellán de Harvard, tomara estas tres palabras como título de sus conferencias Lyman Beecher de 1931 en Yale. Los evangelistas sinópticos resumen Su ministerio

en Galilea en estos términos: “Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, proclamando el evangelio del reino” (Mt 9:35; cp. 4:23 y Mr 1:39). De hecho, esta era la perspectiva que Jesús mismo tenía de Su misión en ese periodo. En la sinagoga de Nazaret, afirmó que, en cumplimiento de la profecía de Isaías 61, el Espíritu del Señor lo había ungido para predicar Su mensaje de libertad. En consecuencia, Él debía (“debo”) hacerlo. Fue “para esto”, explicó, que había sido “enviado” (Lc 4:18, 43; cp. Mr 1:38: “para eso he venido”). El testimonio de Juan sobre la misión consciente que Jesús tenía como predicador y maestro es similar. Él aceptó el título de “Maestro” (o “Rabí”), afirmó haber “hablado al mundo públicamente” y “nada” haber “hablado en secreto” y le dijo a Pilato que había venido al mundo “para dar testimonio de la verdad” (Jn 13:13; 18:20, 37).

Hechos 6 afirma específicamente que los apóstoles, después de Pentecostés, dieron prioridad al ministerio de la predicación. Resistieron la tentación de involucrarse en otras formas de servicio para dedicarse “a la oración y al ministerio de la palabra” (v. 4). Porque a esto los había llamado Jesús principalmente. Durante Su vida, Él los había enviado a predicar (Mr 3:14), aunque restringió temporalmente Su ministerio a “las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 10:5-7). Sin embargo, después de Su resurrección, Él los comisionó solemnemente para llevar el evangelio a las naciones (p. ej.: Mt 28:19; Lc 24:47). Según el final extendido de Marcos, “salieron y predicaron por todas partes” (16:20). Proclamaron en el poder del Espíritu Santo las buenas nuevas de la muerte y resurrección, o los sufrimientos y la gloria, de Cristo (1P 1:12). En Hechos los vemos hacer esto: primero a Pedro y a los demás apóstoles de Jerusalén, que “hablaban la palabra de Dios con valor” (4:31), y luego al héroe de Lucas, Pablo, en sus tres expediciones misioneras, hasta que Lucas lo deja en Roma bajo arresto domiciliario, pero “predicando el reino de Dios y enseñando todo lo concerniente al Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbo” (28:31). Con esto, Lucas refleja fielmente la propia percepción de Pablo sobre su ministerio. Cristo lo había enviado a predicar el evangelio, escribió, no a bautizar; por eso sentía cierta “necesidad” u obligación de hacerlo. Además, la predicación era el método designado por Dios para que los pecadores oyeran del Salvador y así lo invocaran para ser salvos, porque “¿cómo oirán sin haber quien les predique?” (1Co 1:17; 9:16; Ro 10:14, 15). Luego, al final de su vida, seguro de que había peleado su

batalla y terminado su carrera, transfirió el encargo a su joven lugarteniente, Timoteo. En la presencia de Dios y en anticipación del regreso de Cristo para juzgar y reinar, le encargó solemnemente: “Predica la palabra. Insiste a tiempo y fuera de tiempo. Amonesta, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción” (2Ti 4:1-2).

La importancia de la predicación y de la enseñanza fue tan prominente en el ministerio de Jesús y Sus apóstoles que no es de extrañar que encontremos el mismo énfasis en los padres de la iglesia primitiva.

*La Didagé, o “Doctrina del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles”,* que data probablemente de principios del siglo dos, es un manual de la iglesia sobre ética, los sacramentos, el ministerio y la segunda venida de Jesús. Se refiere a una variedad de ministerios de enseñanza: a “obispos y diáconos” por un lado y a “maestros, apóstoles y profetas” itinerantes por el otro. Los maestros itinerantes deben ser bienvenidos, pero propone pruebas prácticas para evaluar su autenticidad. Si un maestro contradice la fe apostólica, si se queda más de dos días o pide dinero y si no practica lo que predica, entonces es un falso profeta (Didaqué 11:1-2 y 12:1-5). Sin embargo, si es genuino, se le debe escuchar con humildad. “Sé paciente, compasivo e intachable, tranquilo y amable y siempre temiendo las palabras que has oído”. Y también: “Hijo mío, recordarás al que te habla la Palabra de Dios día y noche [...], y le honrarás como en el Señor” (Didaqué 3:8; 4:1).

A mediados del siglo dos se publicó la *Primera apología* de Justino Mártir. La dirigió al emperador y defendió el cristianismo contra las calumnias de la época argumentando su veracidad basado en que Cristo, quien murió y resucitó, es la encarnación de la verdad y el Salvador de la humanidad. Hacia el final, hizo un recuento de “la adoración semanal de los cristianos”. Es notable tanto por la prominencia que se da a la lectura y predicación de las Escrituras como por la combinación de la Palabra y el sacramento:

Y en el día que se llama [domingo] se reúnen en un mismo lugar los que habitan tanto las ciudades como los campos y se leen, en cuanto el tiempo lo permite, las *Memorias de los apóstoles* o los escritos de los profetas. Después, cuando ha terminado el lector, el que preside toma la palabra para amonestar y exhortar a la imitación de cosas tan insignes. Seguidamente nos levantamos todos a una y

elevamos nuestras [oraciones]; y, como ya hemos dicho, en cuanto dejamos de orar se traen el pan, el vino y el agua, y el que preside hace con todas sus fuerzas las [oraciones] y las acciones de gracias, y el pueblo aclama *amén*.

A finales del siglo dos el padre latino Tertuliano escribió su *Apología* para defender a los cristianos de las falsas acusaciones y demostrar la injusticia de las persecuciones que debían soportar. Al escribir sobre “las ocupaciones de la facción cristiana”, enfatizó el amor y la unidad que los unían y, luego, describió sus reuniones:

Nos reunimos para recordar las Sagradas Escrituras [...]. Con esas santas palabras apacentamos nuestra fe, levantamos nuestra esperanza, fijamos nuestra confianza, intensificamos asimismo nuestra disciplina inculcando los preceptos. En tales asambleas se tienen también las exhortaciones, los castigos, las reprensiones.

El contemporáneo de Tertuliano, el padre griego Ireneo, obispo de Lyon, enfatizó la responsabilidad de los presbíteros de adherirse a la enseñanza de los apóstoles:

Ellos custodian nuestra fe en el único Dios que hizo todas las cosas; nos hacen crecer en el amor al Hijo de Dios, que tantas Economías llevó a cabo por nosotros; y nos exponen las Escrituras sin ningún riesgo ni de blasfemar contra Dios, ni de deshonar a los patriarcas, ni de menospreciar a los profetas.

Eusebio, obispo de Cesarea a principios del siglo cuatro y padre de la historia de la iglesia, pudo resumir los primeros doscientos años de la era cristiana en términos de la obra de los predicadores y maestros:

Luego, haciendo viajes, realizaban la obra de evangelista, afanándose en predicar a los que todavía no habían escuchado la palabra de la fe y en transmitir el texto de los divinos Evangelios. Ellos solo establecían los fundamentos en algunos lugares extranjeros e

instituían a otros como pastores, confiando en sus manos el cultivo de los recién aceptados. Luego marchaban de nuevo a otros pueblos con la gracia y la ayuda de Dios.

Del periodo patrístico posterior tomaré un solo ejemplo, sin duda el más notable: Juan Crisóstomo, quien predicó durante doce años en la catedral de Antioquía antes de convertirse en obispo de Constantinopla en el año 398 d. C. En una exposición de Efesios 6:13 (“tomen toda la armadura de Dios”), expresó su convicción sobre la importancia única de la predicación. Al igual que nuestro cuerpo humano, dijo, el Cuerpo de Cristo está sujeto a muchas enfermedades. Las medicinas, la dieta correcta, el clima adecuado y el sueño suficiente ayudan a restaurar nuestra salud física. Sin embargo, ¿cómo se sanará el Cuerpo de Cristo?

Solamente [...] queda un arte y modo de curar, que es la doctrina [de la Palabra] por medio del discurso. Este es el instrumento, este el alimento, y este el mejor temperamento del aire: este el que hace veces de medicina, de fuego y de hierro; y si se necesita cauterizar o cortar, de este conviene servirse. Y si este no tiene alguna fuerza, todo lo demás es superfluo.

Fue más de un siglo después de su muerte cuando se reconoció su grandeza como predicador y lo apodaron *Crisóstomos* (es decir, “boca de oro”): “Generalmente y con justicia se le considera el mayor orador de púlpito de la iglesia griega. Tampoco tiene superior o igual entre los Padres latinos. Sigue siendo hasta el día de hoy un modelo para los predicadores de las grandes ciudades”.

Se pueden mencionar cuatro características principales de su predicación. Primero, era bíblico. No solo predicaba sistemáticamente a través de varios libros, sino que sus sermones están llenos de citas y alusiones bíblicas. Segundo, su interpretación de las Escrituras era sencilla y directa. Seguía la escuela Antioquía de exégesis “literal”, en contraste con las fantasiosas alegorizaciones alejandrinas. Tercero, sus aplicaciones morales eran prácticas y realistas. Al leer sus sermones hoy, uno puede imaginar sin dificultad la pompa de la corte imperial, los lujos de la aristocracia, las alocadas carreras

del hipódromo; de hecho, toda la vida de una ciudad oriental a finales del siglo cuatro. Por último, condenaba sin temor. De hecho, “fue un mártir del púlpito, pues fue principalmente su predicación fiel la que provocó su destierro”.

### **Los frailes y los reformadores**

Saltamos ahora, en este breve bosquejo, más de quinientos años hasta la fundación de las órdenes mendicantes medievales. Porque “la Edad de la Predicación”, escribió Charles Smyth, “data de la llegada de los frailes [...]”. La historia del púlpito, tal como la conocemos, comienza con los frailes predicadores. Estos respondieron y estimularon una creciente demanda popular de sermones. Revolucionaron la técnica. Magnificaron el oficio”. Aunque Francisco de Asís (1182–1226) fue un hombre más de servicio compasivo que de erudición, e insistió en que “nuestro actuar y nuestra enseñanza deben ir juntos”, no obstante, estaba “tan comprometido con la predicación como con la pobreza: ‘A menos que prediques dondequiera que vayas —dijo Francisco—, de nada sirve ir a ningún lado a predicar’. Desde el principio de su ministerio, ese había sido su lema”. Su contemporáneo, Domingo de Guzmán (1170–1221), puso un énfasis aún mayor en la predicación. En una combinación de austeridad personal y de celo evangelístico, viajó extensamente por la causa del evangelio, especialmente en Italia, Francia y España, y organizó a sus “frailes negros” en una Orden de Predicadores. Un siglo después, Humberto de Romans (fallecido en 1277), uno de los mejores ministros generales dominicos, dijo: “Cristo solo escuchó misa una vez [...] pero puso gran énfasis en la oración y en la predicación, especialmente en la predicación”. Y un siglo después, el gran predicador franciscano San Bernardino de Siena (1380–1444) hizo esta inesperada declaración: “Si de estas dos cosas solo puedes hacer una, oír la misa u oír el sermón, deberías dejar la misa antes que el sermón [...]. Hay menos peligro para tu alma en no oír la misa que en no oír el sermón”.

Desde esta sorprendente afirmación de la primacía de la Palabra por parte de franciscanos y dominicos solo hay un paso hasta aquel gran precursor o “lucero del alba” de la Reforma, John Wycliffe (1329–1384). Vinculado toda su vida a Oxford University y escritor prolífico, su agudo intelecto se fue apartando gradualmente del escolasticismo medieval y proclamó que

las Sagradas Escrituras eran la autoridad suprema en la fe y en la vida. Fue el responsable de impulsar la primera traducción completa de la Biblia al inglés (traducida de la Vulgata) y, probablemente, participó él mismo en parte de la traducción. Fue un diligente predicador bíblico y, a partir de las Escrituras, atacó el papado, las indulgencias, la transubstanciación y la opulencia de la Iglesia. No tenía duda de que la principal vocación del clero era predicar:

El servicio más sublime que los hombres pueden alcanzar en la tierra es predicar la Palabra de Dios. Este servicio corresponde particularmente a los sacerdotes y, por tanto, Dios se lo exige más estrictamente a ellos [...]. Y por esta causa, Jesucristo dejó otras obras y se ocupó principalmente en la predicación, y así lo hicieron Sus apóstoles, y por esto, Dios los amó [...]. La iglesia, sin embargo, es honrada sobre todo por la predicación de la Palabra de Dios, y, por ende, este es el mejor servicio que los sacerdotes pueden rendir a Dios [...]. Y así, si nuestros obispos no predicán personalmente e impiden que los verdaderos sacerdotes prediquen, están en los pecados de los obispos que mataron al Señor Jesucristo.

El Renacimiento no solo precedió a la Reforma, sino que también preparó el camino para ella. Comenzó en la Italia del siglo catorce, con eruditos brillantes como Petrarca, cuyo “humanismo” se expresó en el estudio de los textos clásicos griegos y romanos. Luego, adquirió un matiz más cristiano cuando se trasladó al norte de Europa en el siglo siguiente, ya que los “humanistas cristianos” como Erasmo y Tomás Moro se centraron en el estudio de los clásicos cristianos, tanto bíblicos como patrísticos. Como resultado, criticaron la corrupción en la Iglesia, pidieron reformas conforme a la Palabra de Dios y reconocieron el papel clave de los predicadores para asegurar estas reformas.

La función más importante del sacerdote es la enseñanza [escribió Erasmo], por la cual puede instruir, amonestar, reprender y consolar. Un laico puede bautizar. Todo el pueblo puede orar. El sacerdote no siempre bautiza, no siempre absuelve, pero siempre debe

enseñar. ¿De qué sirve ser bautizado si uno no ha sido catequizado?  
¿De qué sirve ir a la Mesa del Señor si uno no sabe lo que significa?

El viejo adagio de que “Erasmus puso el huevo que Lutero empolló” parece ser cierto. Es claro que Lutero respaldó y amplificó la insistencia de Erasmo en la supremacía de la Palabra sobre los sacramentos, porque la eficacia de los sacramentos depende de su interpretación por la Palabra. “La Reforma dio un lugar central al sermón. El púlpito estaba más alto que el altar, pues Lutero sostuvo que la salvación es por medio de la Palabra y que, sin la Palabra, los elementos carecen de cualidad sacramental, pero la Palabra es estéril a menos que sea proclamada”. En todos sus escritos, Lutero no perdió oportunidad de magnificar el poder liberador y sustentador de la Palabra de Dios. Así, “la Iglesia debe su vida a la Palabra de la promesa y es nutrida y preservada por esta misma Palabra: las promesas de Dios hacen a la Iglesia, no la Iglesia a las promesas de Dios”. Además, hay solo dos sacramentos auténticos, “el Bautismo y el Pan”, porque “solo en estos dos encontramos tanto la señal divinamente instituida como la promesa del perdón de los pecados”. La Palabra de Dios es, por lo tanto, indispensable para nuestra vida espiritual. “El alma puede prescindir de todas las cosas excepto de la Palabra de Dios [...]. Si tiene la Palabra es rica y nada le falta, ya que esta Palabra es la Palabra de vida, de verdad, de luz, de paz, de justicia, de salvación, de gozo, de libertad”. Esto es así porque la Palabra se centra en Cristo. De ahí la necesidad de predicar a Cristo a partir de la Palabra, “porque predicar a Cristo significa alimentar el alma, hacerla justa, liberarla y salvarla, si cree en la predicación”.

Puesto que la salud del cristiano y de la iglesia depende de la Palabra de Dios, su predicación y enseñanza son tanto “la parte más importante del servicio divino” como el “más alto y único deber y obligación” de todo obispo, pastor y predicador. Es también una responsabilidad de tanto peso que resulta extremadamente exigente. Lutero expone nueve “propiedades y virtudes” de un buen predicador. Las primeras siete son bastante predecibles. Por supuesto, debe “enseñar sistemáticamente [...], tener un ingenio agudo [...], ser elocuente [...], tener buena voz y [...] buena memoria”. Luego, “debe saber cuándo terminar” y, podría añadirse, cómo empezar, pues “debe estar seguro de su doctrina”. Luego, “en octavo lugar, debe arriesgar y



comprometer cuerpo y sangre, bienes y honor, en la Palabra” y, “en noveno lugar, debe exponerse a las burlas y mofas de todos”. El riesgo del ridículo, el riesgo de perder la vida, las riquezas y el nombre: estas eran, según Lutero, las pruebas definitivas de “un buen predicador”.

Esta afirmación no fue una mera teoría académica; el propio Lutero vivió conforme a ella, especialmente durante la mayor crisis de su vida. Excomulgado por bula papal en enero de 1521, en abril fue convocado a comparecer ante la Dieta de Worms, presidida por el emperador Carlos V. Allí, se negó a retractarse a menos que tanto el testimonio de las Escrituras como la razón evidente demostraran que estaba equivocado, porque, dijo: “Estoy atado en conciencia y sujeto a la Palabra de Dios”. Durante los días siguientes, un tribunal de jueces eruditos le concedió una audiencia. Sin embargo, la realidad es que ya había sido condenado antes de que comenzara el juicio. Todo terminó con su ultimátum: “Aunque perdiera mi cuerpo y mi vida por ello, no puedo apartarme de la verdadera Palabra de Dios”. Fue la predicación de esta Palabra divina, no la intriga política ni el poder de la espada, lo que afianzó la Reforma en Alemania. Lutero lo expresó más tarde así: “Simplemente enseñé, prediqué y escribí la Palabra de Dios; aparte de eso, no hice nada. Y mientras yo dormía o bebía cerveza de Wittenberg con mi Philip y mi Amsdorf, la Palabra debilitó tanto al papado que ningún príncipe o emperador le infligió jamás un daño semejante. Yo no hice nada. La Palabra lo hizo todo”.

Al escribir Calvino su *Institución* en la relativa paz de Ginebra, también exaltó la Palabra de Dios. En particular, enfatizó que la primera y principal marca de una verdadera iglesia era la predicación fiel de la Palabra. “Dondequiera que vemos que la Palabra de Dios es predicada y oída con pureza”, escribió, “y los sacramentos administrados según la institución de Cristo, allí, no debe dudarse que existe una iglesia de Dios”. De hecho, este ministerio de la Palabra y de los sacramentos, la proclamación audible y visible del evangelio, debe considerarse “una señal perpetua por la cual distinguir a la iglesia”.

Los reformadores ingleses recibieron una fuerte influencia de Calvino. En gran medida, aceptaron su enseñanza de que los sacramentos derivan su eficacia de la Palabra y carecen de ella sin la Palabra; de que la Palabra y los sacramentos son marcas indispensables de la iglesia; y de que el sacerdocio

es esencialmente un ministerio de la Palabra. Así, el Artículo XIX del anglicanismo declaraba que “la iglesia visible de Cristo es una congregación de hombres fieles [es decir, creyentes], en la cual se predica la pura Palabra de Dios y se administran debidamente los sacramentos según la ordenanza de Cristo”. Además, el obispo, al ordenar a los candidatos al presbiterado, no solo entregaba una Biblia a cada uno como símbolo de su oficio, sino que también lo exhortaba a ser “estudioso [...] en la lectura y el aprendizaje de las Escrituras” y lo autorizaba por el poder del Espíritu Santo a “predicar la Palabra de Dios y a administrar los santos sacramentos en la congregación”.

Ningún reformador se tomó esta sagrada tarea más en serio que Hugh Latimer, el predicador popular de la Reforma inglesa. Nacido alrededor de 1485, hijo de un agricultor en Leicestershire y consagrado obispo de Worcester en 1535, nunca se volvió presuntuoso ni perdió su toque sencillo y rústico. En cambio, “hablaba *desde* el corazón y sus palabras [...] llegaban *al* corazón”.

Su gran carga era que el pueblo de Inglaterra todavía estaba perdido en la oscuridad espiritual y que el clero tenía la culpa por descuidar el ministerio de la Palabra. Especialmente culpables eran los obispos. Estaban tan ocupados, decía, “presumiendo de sus rentas, bailando en sus dominios [...] comiendo en sus pesebres y afanándose en sus espléndidos señoríos y mansiones” que no tenían tiempo para predicar.

El discurso más conocido (y quizás el más poderoso) de Latimer se conoce como “El Sermón del arado” y se predicó en la Catedral de San Pablo el 18 de enero de 1548, poco después de haber sido liberado de su encarcelamiento en la Torre de Londres. Su tema era que “la Palabra de Dios es semilla para ser sembrada en el campo de Dios” y que “el predicador es el sembrador”. Para desarrollarlo, se basó en su experiencia personal en la granja de su padre en Leicestershire. El predicador, argumentaba, debía ser como el labrador, porque debía “trabajar en todas las estaciones del año”. Sin embargo, lamentaba que, en cambio, el clero despilfarrara su tiempo en negocios y placeres. Como resultado, “por el despotismo y la holgazanería, la predicación y el arado han desaparecido por completo”. Luego, Latimer mantuvo a sus oyentes en suspenso con este famoso pasaje:

Y ahora quisiera hacerles una pregunta extraña: ¿quién es el obispo y prelado más diligente de toda Inglaterra, que supera a todos los demás en el cumplimiento de su oficio? Yo puedo decirlo, porque sé quién es; lo conozco bien. Pero ahora creo verlos escuchando y prestando atención para que lo nombre. Hay uno que supera a todos los demás y es el prelado y predicador más diligente de toda Inglaterra. ¿Y quieren saber quién es? Se lo diré: es el diablo. Él es el predicador más diligente de todos; nunca está fuera de su diócesis; nunca se aleja de su grey; nunca lo encontrarán desocupado; siempre está en su parroquia; mantiene su residencia en todo momento; nunca lo encontrarán fuera de su camino; llámenlo cuando quieran, siempre está en casa. Él es el predicador más diligente de todo el reino; siempre está en su arado; ningún señorío ni holgazanería pueden estorbarlo; siempre está ocupado en sus asuntos; nunca lo encontrarán ocioso, se los aseguro [...]. Donde el diablo reside y tiene su arado en marcha, allí, fuera los libros y arriba las velas; fuera las Biblias y arriba los rosarios; fuera la luz del evangelio y arriba la luz de las velas, sí, a pleno día [...]; arriba las tradiciones y las leyes de los hombres, abajo las tradiciones de Dios y Su Santísima Palabra [...]. ¡Ah, que nuestros prelados fueran tan diligentes para sembrar la semilla de la buena doctrina como Satanás lo es para sembrar cizaña y malas hierbas [...]. Nunca hubo en Inglaterra un predicador como él.

La conclusión del sermón fue la siguiente:

Los prelados [...] son señores, no labradores; pero el diablo es diligente en su arado. Él no es un prelado que no predica; no es un holgazán señorial que descuida su grey, sino un labrador esforzado [...]. Por tanto, ustedes, prelados que no predicán, aprendan del diablo a ser diligentes en el cumplimiento de su oficio [...]. Si no quieren aprender de Dios ni de los hombres de bien a ser diligentes en su oficio, aprendan del diablo.

Me he referido a Lutero y Calvino como representantes de la Reforma continental y a Latimer de la inglesa. Fueron predicadores y creían en la predicación. Sin embargo, solo son ejemplos destacados de una convicción y una práctica muy extendidas. A continuación, el comentario de E. C. Dargan:

Los grandes acontecimientos y logros de esa poderosa revolución fueron, en gran medida, obra de predicadores y de la predicación; pues la mejor y más duradera obra de la Reforma se realizó por medio de la Palabra de Dios, a través del ministerio de hombres fervientes que la creyeron, la amaron y la enseñaron. Y, a la inversa, los acontecimientos y principios del movimiento influyeron poderosamente en la predicación misma y le dieron un nuevo espíritu, un nuevo poder y nuevas formas, de modo que la relación entre la Reforma y la predicación puede describirse sucintamente como de mutua dependencia, ayuda y guía”.

### **Los puritanos y los evangélicos**

La prominencia que los primeros reformadores dieron a la predicación continuó en la última parte del siglo dieciséis y en el diecisiete por mano de los puritanos. Se les ha descrito con muchos nombres, algunos despectivos, otros no tanto. Sin embargo, “el nombre que mejor resume su carácter”, escribe Irvonwy Morgan, “es el de ‘predicadores piadosos’”. Y continúa explicando por qué:

Lo esencial para entender a los puritanos es que, antes que cualquier otra cosa, eran predicadores, y predicadores con un énfasis particular que quienes los oían podían distinguir de otros [...]. Lo que los unía, sustentaba su esfuerzo y les daba el impulso para perseverar era su conciencia de que habían sido llamados a predicar el evangelio. “Ay de mí si no predico el evangelio” era su inspiración y justificación. La tradición puritana, en primera y última instancia, debe evaluarse en términos del púlpito, y las palabras del ex fraile dominico Thomas Sampson, uno de los líderes y de los primeros en sufrir por el movimiento puritano [...] pueden servir

de lema: “Que otros sean obispos”, dice, “yo asumiré el oficio de predicador o no asumiré ninguno”.

Entre los puritanos del siglo diecisiete, Richard Baxter, autor de *El pastor reformado* (1656), se destaca por ejemplificar consistentemente los ideales que la tradición puritana y su propio libro exponían. Se sentía oprimido por la ignorancia, la pereza y el libertinaje del clero, que habían sido expuestos por un comité parlamentario en el informe *The First Century of Scandalous Malignant Priests* [*El primer siglo de sacerdotes escandalosos y malignos*] (1643), que presentaba cien casos impactantes. Así que Baxter dirigió su obra, *El pastor reformado*, a sus colegas del clero, en especial a los miembros de su Asociación Ministerial de Worcestershire, y compartió con ellos los principios que guiaban su propia labor pastoral en la parroquia de Kidderminster. “En una palabra”, escribió, “debemos enseñarles, tanto como podamos, de la *Palabra* y las *obras* de Dios. ¡Ah, qué dos volúmenes son estos para que un ministro predique sobre ellos! ¡Qué grandes, qué excelentes, qué maravillosos y misteriosos! Todos los cristianos son discípulos o alumnos de Cristo; la iglesia es Su escuela, nosotros somos Sus ujieres; la Biblia es Su gramática; esto es lo que debemos enseñarles a diario”.

Los métodos de enseñanza de Baxter eran dos: por un lado, fue pionero en la práctica de catequizar a las familias. Como en su parroquia había unas ochocientas familias y como deseaba indagar sobre su progreso espiritual al menos una vez al año, él y su colega invitaban a su casa a quince o dieciséis familias cada semana. Cada familia venía sola y se quedaba una hora. Se les pedía que recitaran el catecismo, se les ayudaba a entenderlo y se les preguntaba sobre su experiencia personal con sus verdades. Esta catequesis ocupaba a Baxter dos días enteros por semana y era una parte esencial de su trabajo. Sin embargo, la otra parte, “y la más excelente porque tiende a obrar en muchos”, era “la predicación pública de la *Palabra*”. Era una obra, insistía, “que requiere mayor habilidad y, especialmente, mayor vida y celo de lo que cualquiera de nosotros le aporta. No es poca cosa ponerse de pie ante una congregación y entregar un mensaje como de parte del Dios viviente, en el nombre de nuestro Redentor”.

Sería un gran error suponer, sin embargo, que en el siglo diecisiete la importancia de la predicación solo fue reconocida por los puritanos.

Apenas cuatro años antes de que Baxter escribiera *El pastor reformado*, George Herbert escribió su obra *A Priest to the Temple* [*Un sacerdote para el templo*] (titulada alternativamente *The Country Parson, his Character and Rule of Holy Life* [*El párroco rural, su carácter y regla de vida santa*]), aunque no se publicó sino hasta veinte años después. Hay evidencia de que ambos hombres se conocían y se respetaban. Ciertamente, Baxter aplaudió la poesía y la piedad de Herbert, aunque a Herbert se le ha descrito como uno de los primeros anglocatólicos. Sin embargo, puso un énfasis esencialmente “puritano” en la predicación. Su séptimo capítulo, titulado “El párroco que predica”, comienza así: “El párroco rural predica constantemente; el púlpito es su gozo y su trono”. Además, extrae su mensaje del “libro de libros, el almacén y depósito de vida y consuelo, las Sagradas Escrituras”, pues “de allí se nutre y vive”. Su principal característica no es que sea “ingenioso, instruido o elocuente, sino santo”, y es tan ferviente en su deseo de comunicar que incluso interrumpe su propio sermón con “muchas exclamaciones a Dios como: ‘Oh, Señor, bendice a mi pueblo y enséñales este punto’”.

Al otro lado del Atlántico y unos años más tarde, Cotton Mather, el puritano estadounidense, ejercía en Boston un ministerio cuya influencia se sintió en ambos lados del océano. Miembro de Harvard, teólogo erudito y escritor prolífico, proporcionó en su libro *Student and Preacher* [*Estudiante y predicador*] lo que denominó “Instrucciones para un candidato al ministerio”. Su visión del ministro cristiano en general y del predicador en particular era sumamente elevada. Su prefacio comienza así:

El oficio del ministerio cristiano, bien entendido, es el más honroso e importante que cualquier hombre en todo el mundo pueda desempeñar; y una de las maravillas y ocupaciones de la eternidad será considerar las razones por las que la sabiduría y la bondad de Dios asignaron este oficio a hombres imperfectos y culpables [...]. El gran propósito e intención del oficio de un predicador cristiano es restaurar el trono y el señorío de Dios en el alma de los hombres; mostrar con los colores más vivos y proclamar en el lenguaje más claro las maravillosas perfecciones, oficios y gracia del Hijo de Dios; y atraer el alma de los hombres a un estado de amistad eterna con Él [...]. Es una obra que un ángel podría desear como

honrosa para su carácter; sí, un oficio en el que todo ángel del cielo anhelaría ser empleado durante los próximos mil años. Es un oficio tan honroso, importante y útil que, si Dios pone a un hombre en él y lo hace fiel y exitoso a lo largo de su vida, puede mirar cualquier corona con desdén y derramar una lágrima de compasión por el monarca más brillante de la tierra.

Cotton Mather murió en 1728. Apenas una década después, John Wesley, recién regresado de pasar dos años en Georgia y desilusionado porque, a su propio juicio, no era convertido, recibió su experiencia “reconfortante” en la que, según dijo, puso su “confianza en Cristo, solo en Cristo para salvación”, y recibió la seguridad de que sus pecados (sí, incluso los suyos) habían sido quitados y de que Cristo lo había salvado de la ley del pecado y de la muerte. De inmediato comenzó a predicar la salvación gratuita que acababa de recibir. Es cierto que, influenciado por sus lecturas de Richard Baxter, promovió un ministerio de casa en casa y la catequesis de los conversos. Sin embargo, la predicación fue su ministerio característico. En iglesias y cementerios, en las plazas de los pueblos, en campos y en anfiteatros naturales, proclamó el evangelio y “ofreció a Cristo” a las inmensas multitudes que se reunían para escucharlo. “Ciertamente vivo de la predicación”, comentó en su diario el 28 de agosto de 1757. Su libro de texto fue siempre la Biblia, pues sabía que su propósito principal era señalar a Cristo e iluminar a sus lectores para salvación. En su prefacio a los *Standard Sermons* [*Sermones estándar*] escribió:

Soy un espíritu que viene de Dios y que vuelve a Dios, flotando sobre un gran abismo; hasta que, dentro de unos momentos, ya no se me vea, pues caeré en una eternidad inmutable. Hay una cosa que quiero saber: el camino al cielo [...]. Dios mismo se ha dignado a enseñarnos el camino; para este mismo fin, Él vino del cielo. Lo ha escrito en un libro. ¡Ah, dame ese libro! ¡A cualquier precio, dame el libro de Dios! Lo tengo: aquí hay conocimiento suficiente para mí. Permíteme ser *homo unius libri* [un hombre de un solo Libro]. Aquí estoy, pues, lejos de los caminos ajetreados de los hombres.

Me siento a solas; solo Dios está aquí. En Su presencia abro y leo Su libro con este fin: encontrar el camino al cielo.

Y a partir de estas meditaciones bíblicas, John Wesley predicaba; así compartía con otros lo que había encontrado y señalaba el camino tanto al cielo como a la santidad.

Aunque John Wesley es más conocido por el público que su contemporáneo más joven, George Whitefield (probablemente debido a la denominación cristiana mundial que lleva el nombre de Wesley), es casi seguro que Whitefield fue un predicador más poderoso. En Gran Bretaña y Estados Unidos (que visitó siete veces), tanto en interiores como al aire libre, predicó un promedio de veinte sermones a la semana durante treinta y cuatro años. Elocuente, ferviente, dogmático y apasionado, animaba su predicación con metáforas vívidas, ilustraciones sencillas y gestos dramáticos. Con ellos cautivaba a su audiencia, mientras les hacía preguntas directas o les rogaba encarecidamente que se reconciliaran con Dios. Tenía una confianza plena en la autoridad de su mensaje y estaba decidido a que recibiera el respeto que merecía como la Palabra de Dios. Una vez, en una reunión en Nueva Jersey, “notó que un anciano se acomodaba para su siesta acostumbrada durante el sermón”, escribe John Pollock, uno de sus biógrafos. Whitefield comenzó su sermón en voz baja, sin perturbar el sueño del caballero. Pero luego, “con palabras mesuradas y deliberadas”, dijo:

“Si hubiera venido a hablarles en mi propio nombre, ustedes podrían apoyar los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, y ponerse a dormir [...]. Pero he venido a ustedes en el nombre del Señor Dios de los ejércitos y (aplaudió y zapateó) *debo ser y seré escuchado*”. El anciano se despertó de un sobresalto.

### **El siglo diecinueve**

Charles Simeon nació en 1759, el mismo año que William Wilberforce, quien se convirtió en su amigo de toda la vida. Su carrera coincidió un poco más de diez años con la de Whitefield y treinta y dos años con la de Wesley. Convertido mientras era estudiante en Cambridge, anhelaba la oportunidad de predicar el evangelio allí. Al pasar por la Iglesia de la Santísima Trinidad,



en el corazón del campus universitario, solía decirse a sí mismo: “¡Cómo me regocijaría si Dios me diera esta iglesia, para poder predicar Su evangelio allí y ser un heraldo Suyo en medio de la universidad!”. Dios respondió a su oración y, en 1782, se convirtió en el vicario de la iglesia. Al principio, sin embargo, enfrentó la más violenta oposición. Los que tenían rentados los asientos de la iglesia boicotearon los cultos y cerraron con llave las puertas de sus bancas, de modo que durante más de diez años la congregación tuvo que permanecer de pie, y a menudo se producían escenas escandalosas. Sin embargo, Simeon perseveró y gradualmente se ganó el respeto tanto de la ciudad como de la universidad. Durante cincuenta y cuatro años ocupó el púlpito de la Iglesia de la Santísima Trinidad, donde expuso sistemáticamente las Escrituras, determinado a no hacer concesiones, como anuncia la lápida en su memoria en el presbiterio: “No saber nada, excepto a Jesucristo, y Este crucificado”.

El elevado concepto que Simeon tenía de la predicación surgía de su perspectiva del ministro como embajador. Le escribió a John Venn con motivo de su ordenación en 1782, unos cuatro meses después de la suya:

Mi queridísimo amigo: Te felicito muy sinceramente, no por un permiso para recibir cuarenta o cincuenta libras al año, ni por el título de Reverendo, sino por tu ascenso al oficio más valioso, honroso, importante y glorioso del mundo: el de embajador del Señor Jesucristo.

Ciertamente, así veía su propio ministerio. En una ocasión, expuso el texto que contiene el mandato de Jesús: “Por tanto, tengan cuidado de cómo oyen” (Lc 8:18), de tal manera que dio “Instrucciones sobre cómo oír sermones”. Una de las razones por las que Jesús dio esta advertencia, argumentaba, era “porque Dios mismo nos habla por medio del predicador”. Continuó diciendo:

Los ministros son embajadores de Dios y hablan en nombre de Cristo. Si predicán lo que se fundamenta en las Escrituras, su palabra, en la medida en que sea conforme a la voluntad de Dios, debe considerarse como la de Dios. Esto lo afirman nuestro Señor y Sus

apóstoles. Por lo tanto, debemos recibir la palabra del predicador como la palabra de Dios mismo. Con cuánta humildad, entonces, debemos prestarle atención. Qué juicios no podemos esperar si la menospreciamos.

A lo largo del siglo diecinueve, a pesar de los ataques de la alta crítica contra la Biblia (asociada con el nombre de Julius Wellhausen, sus contemporáneos y sus sucesores) y a pesar de las teorías evolutivas de Charles Darwin, el púlpito mantuvo su prestigio en Inglaterra. La gente acudía en masa a escuchar a los grandes predicadores de la época y leía con avidez sus sermones impresos. Estaban John Henry Newman (1801–1890) en la University Church de Oxford, el canónigo H. P. Liddon (1829–1890) en la catedral de San Pablo, F. W. Robertson (1816–1853) en Brighton y, el más eminente de todos, Charles Haddon Spurgeon (1834–1892) en su Tabernáculo Metropolitano en Londres.

Que aquel eminente escocés victoriano, Thomas Carlyle (1795–1881), nos resuma la influencia única del predicador. Su testimonio es tanto más impresionante porque, en cierta medida, fue un observador externo, pues escribió como historiador y fue un crítico abierto de las iglesias y de sus credos. Sin embargo, en el cuarto lugar de su lista de “héroes” o “grandes hombres” que ejercen liderazgo en la comunidad, nombró al “sacerdote”, con lo que evidentemente se refería al “predicador”, “el Capitán espiritual del pueblo”. Como modelo, seleccionó a Lutero y a Knox: “a estos dos hombres los consideraremos nuestros mejores sacerdotes, por cuanto fueron nuestros mejores reformadores”. Lo que Carlyle admiraba en ellos era su solitaria valentía. En la Dieta de Worms, Lutero no se dejó intimidar por los más imponentes dignatarios de la Iglesia y el Estado. De un lado, se sienta “la pompa y el poder del mundo”; del otro, “se levanta por la verdad de Dios un hombre, el hijo del pobre minero Hans Lutero”. “Aquí estoy —dijo—, no puedo hacer otra cosa. ¡Que Dios me ayude!”. En opinión de Carlyle, fue “el momento más grande en la historia moderna de la humanidad”. De hecho, la vasta labor de liberación humana en los siglos siguientes, tanto en Europa como en América, comenzó en ese momento; “la semilla de todo aquello yacía allí”. La deuda de Escocia con John Knox, “el más valiente de todos los escoceses”, fue similar: “Esto que Knox hizo por su nación, digo yo,

podemos llamarlo realmente una resurrección de entre los muertos [...]. El pueblo comenzó a *vivir*". Tal es el poder de la Palabra predicada.

El respeto, casi asombro, con que muchos consideraban el púlpito durante la era victoriana queda bien ilustrado en *Moby Dick* (1851) de Herman Melville. Esta novela ofrece un relato gráfico del sermón del capellán naval en New Bedford, al sur de Massachusetts, que merece ser citado en su totalidad. Un tormentoso domingo de diciembre, Ismael esperaba para embarcar en un ballenero y zarpar hacia el sur. Ya que era, como explicó más tarde, "un buen cristiano, nacido y criado en el seno de la infalible Iglesia Presbiteriana", asistió a un culto religioso en una pequeña "capilla de balleneros". Adentro, encontró "una pequeña y dispersa congregación de marineros, y de esposas y viudas de marineros", cuyo "silencio ahogado" contrastaba con "los alaridos de la tormenta de afuera". Pronto entró el capellán, un anciano llamado el padre Mapple. Como él mismo había sido arponero en su juventud, conservaba su amor por el mar y su vocabulario náutico. Al elevado púlpito no se llegaba por escalones, sino por una escalera de barco perpendicular. Mano sobre mano, con la destreza de un viejo marinero, el padre Mapple subió hasta el puesto de predicación y luego, para asombro de Ismael, hizo subir la escalera tras de sí "hasta que toda ella quedó dentro, lo que lo dejó inexpugnable en su pequeña Quebec". Melville continúa describiendo el frente artesonado del púlpito como hecho "a semejanza de la proa roma de un barco", mientras que "la Santa Biblia descansaba sobre una pieza saliente de voluta, modelada a la manera del beque de proa de un barco". "¿Qué podría estar más lleno de significado?", pregunta.

Porque el púlpito es siempre la parte más prominente de esta tierra; todo lo demás viene detrás; el púlpito guía al mundo. Desde allí, se divisa primero la tormenta de la ira de Dios y la proa debe soportar su primer embate. Desde allí, se invoca primero al Dios de las brisas, favorables y desfavorables, en busca de vientos propicios. Sí, el mundo es un barco en su viaje de ida, no una travesía completa; y el púlpito es su proa.

El siguiente capítulo se titula "El sermón" y ofrece un ejemplo sorprendente del poder del púlpito. El padre Mapple, dirigiéndose a su congregación

como “compañeros de tripulación”, predicó sobre la historia de Jonás. Aunque este libro, explicó, era “una de las hebras más pequeñas en el poderoso cable de las Escrituras”, sin embargo, contenía “una lección con dos hebras, una lección para todos nosotros como hombres pecadores, y una lección para mí como piloto del Dios viviente”. Para los que huyen de Dios, Jonás era un ejemplo de verdadero arrepentimiento. Sin embargo, también era una advertencia temible para todo predicador-piloto que elude el deber del evangelio y que, “como dice el gran piloto Pablo, habiendo predicado a otros, él mismo es descalificado”.

“El púlpito guía al mundo”. Pocos se atreverían a hacer esta afirmación hoy, pero no habría parecido una exageración en el siglo pasado. Al mismo tiempo, quienes discernían el privilegio de predicar se sentían angustiados por los que no lo hacían. Un ejemplo de esta angustia fue el Dr. James W. Alexander, hijo de Archibald Alexander, el primer profesor del nuevo Princeton Theological Seminary en 1812, donde él mismo fue profesor entre 1849 y 1851. Sin embargo, había sido pastor durante veinte años, pues, como dijo de él Charles Hodge: “el púlpito era su esfera apropiada”.

Temo que ninguno de nosotros comprenda como debiera el valor del oficio del predicador. Nuestros jóvenes no se preparan para él con el espíritu de quienes están en vísperas de un gran conflicto; tampoco se preparan como quienes van a poner las manos en el manantial de las pasiones más poderosas y a agitar hasta lo más profundo el océano de los sentimientos humanos. Donde prevalece esta estima por la obra, hombres incluso de formación inferior logran mucho [...]. El púlpito seguirá siendo el gran medio para influir en el conjunto de la humanidad. Es el método de Dios mismo y Él lo honrará [...]. En todas las épocas, los grandes reformadores han sido grandes predicadores.

Predicar no solo es influyente en la vida de los demás, sostuvo Alexander más tarde; también es muy gratificante para el predicador:

Hay felicidad en la predicación. Puede realizarse de tal manera que sea tan tediosa para el que habla como para los que escuchan; pero

en ocasiones afortunadas, proporciona las emociones más puras y nobles, y en ellas hay felicidad. En ninguna parte se experimenta con más intensidad que en el púlpito la clara elevación del intelecto hacia el cielo, el audaz vuelo de la imaginación o las dulces agitaciones de la pasión santa.

Debido a este poder y placer, no es de extrañar que Alexander Whyte de Edimburgo, justo después del cambio de siglo, pudiera amonestar a un desanimado pastor metodista con estas palabras: “Nunca consideres dejar de predicar. Los ángeles alrededor del trono envidian tu gran obra”. Eso fue en 1908. El año anterior se publicó el libro del teólogo congregacionista P. T. Forsyth, *Positive Preaching and the Modern Mind* [*La predicación positiva y la mente moderna*]. Sus palabras iniciales son estas: “Quizá sea un comienzo demasiado audaz, pero me atreveré a decir que el éxito o el fracaso del cristianismo depende de su predicación”.

### **El siglo veinte**

Nuestro siglo comenzó con una sensación de euforia. Las expectativas (al menos de la minoría occidental favorecida y educada) eran de un periodo de estabilidad política, progreso científico y riqueza material. No había nube que oscureciera los horizontes del mundo. La iglesia participaba del sentido general de afabilidad. Todavía era una institución social respetable y los ocupantes de sus púlpitos recibían estima, incluso deferencia.

El mejor ejemplo que he encontrado de este periodo de confianza ilimitada en los efectos benéficos de la predicación es el del reverendo Charles Silvester Horne, quien impartió las Conferencias Beecher sobre Predicación de 1914 en Yale, y las tituló *The Romance of Preaching* [*El romance de la predicación*]. El propio Horne falleció pocos días después en el barco que lo traía a casa. Debió de preparar las conferencias en 1913, pues no delatan ningún temor a la guerra que se avecinaba. Horne era tanto pastor congregacionista como miembro del parlamento británico. Tenía fama de elocuente en la Cámara de los Comunes y de apasionado en el púlpito. H. H. Asquith asistía a menudo a escucharlo predicar porque, según dijo, “lle- vaba fuego en el vientre”. Como era tanto político como predicador, pudo

comparar por experiencia propia ambas vocaciones y no dudó en cuanto a cuál era la más influyente:

El predicador, que es el mensajero de Dios, es el verdadero amo de la sociedad; no es elegido por la sociedad para ser su gobernante, sino que es elegido por Dios para formar sus ideales y, a través de ellos, guiar y gobernar su vida. Muéstrame al hombre que, en medio de una comunidad, por muy secularizada que sea en sus costumbres, pueda obligarla a pensar como él, encender su entusiasmo, reavivar su fe, limpiar sus pasiones, purificar sus ambiciones y dar firmeza a su voluntad, y te mostraré al verdadero amo de la sociedad, sin importar qué partido lleve nominalmente las riendas del gobierno, sin importar qué figura ocupe el lugar aparente de autoridad.

Él era muy consciente de los competidores del predicador en el arte y en el negocio de la comunicación. Habló del dramaturgo, el periodista, el agitador socialista, el novelista, el estadista, el poeta y el autor de teatro. A esta lista hoy añadiríamos al guionista y al productor de televisión. Él sabía, como nosotros, que los oídos de la gente estaban asediados por voces rivales. Sin embargo, aun así, concedió el primer lugar en la jerarquía del poder moral y social al predicador:

El verdadero romance de la historia es este romance del predicador: el milagro sublime del alma embriagada de Dios con una visión de una Voluntad eterna y el sentido de un Imperio al que pertenecen todos los continentes, lenguas y razas. Este hombre se mantiene sereno en medio del choque de las armas y de la necia fanfarronería de la Fuerza, y pide solo la espada llamada Verdad, la armadura de la Justicia y el espíritu de Paz. Este es el Héroe inconquistable e irresistible del mundo. Todas sus victorias más duraderas son suyas.

Así que, continuó Horne: “¿Quiénes deberían estar orgullosos de su vocación si no nosotros? ¿Qué otra historia ha igualado jamás a la nuestra? Piensen en la procesión de predicadores [...]. Gradualmente, ante su mensaje, los antiguos imperios paganos se tambalearon y los déspotas paganos

inclinaron la cabeza”. Mencionó de forma especial a Savonarola, Calvino y Knox como “ejemplos supremos del poder que el hombre del evangelio puede ejercer para moldear la vida civil y nacional de los pueblos libres”.

Otro hombre, también un ministro congregacionalista, que consideraba la predicación más poderosa que la política fue el Dr. J. D. Jones (fallecido en 1942), quien durante casi cuarenta años fue ministro de la Iglesia Congregacional de Richmond Hill en Bournemouth. Incitado por el líder de un partido político a presentarse como candidato parlamentario, se negó y citó como motivo la respuesta de Nehemías a Sanbalat y Tobías cuando intentaron impedirle construir los muros de Jerusalén. “Yo estoy haciendo una gran obra —les dijo Nehemías—, y no puedo descender”. J. D. Jones enfatizó la última palabra. “Abandonar el púlpito por la arena política sería ‘descender’ —declaró—. No menosprecio la labor que el Parlamento puede hacer para mejorar las condiciones humanas, pero la curación definitiva de las heridas del mundo no se logrará mediante la legislación, sino por la gracia redentora de Dios, y la proclamación de esa gracia redentora es la obra más elevada a la que cualquier hombre puede ser llamado”.

El optimismo de los primeros años del siglo se hizo añicos primero por el estallido de la Primera Guerra Mundial y luego por los horrores del lodo y la sangre en las trincheras. Europa salió de esos cuatro años con un ánimo humillado, que pronto empeoró por los años de la depresión económica. Las declaraciones de los eclesiásticos se volvieron más sobrias. Sin embargo, la confianza en el privilegio y el poder del ministerio del púlpito sobrevivió. De hecho, teólogos perspicaces como Karl Barth, cuyo anterior optimismo liberal había quedado destruido por la guerra y reemplazado por un nuevo realismo sobre la humanidad y una nueva fe en Dios, expresaron su convicción de que la predicación había adquirido una importancia aún mayor que antes.

Es simplemente una obviedad [declaró Barth en 1928], que no hay nada más importante, más urgente, más útil, más redentor y más saludable; no hay nada, desde el punto de vista del cielo y la tierra, más relevante para la situación real que el hablar y el oír la Palabra de Dios en el poder originador y regulador de su verdad, en su fervor que todo lo erradica y todo lo reconcilia, en la luz que arroja no solo sobre el *tiempo* y las confusiones temporales, sino también

más allá, hacia el resplandor de la *eternidad*, que revela el tiempo y la eternidad el uno a través del otro y el uno en el otro: la Palabra, el Logos, del Dios Viviente.

Es lógico que toda recuperación de la confianza en la Palabra de Dios y, por tanto, en un Dios vivo que habló y sigue hablando, por mucho que se defina esta verdad, ha de dar como resultado una recuperación de la predicación. Esta debe ser la razón por la que tantos grandes predicadores han pertenecido a la tradición reformada. Otro ejemplo es James Black de Edimburgo, quien en sus Conferencias Warrack en Escocia y Sprunt en Estados Unidos en 1923 lanzó una conmovedora exhortación a los estudiantes de su audiencia para que tomaran en serio la predicación: “El nuestro es un servicio grande y magnífico —dijo—, y merece la consagración de cualquier don que poseamos [...]. Les pido, por tanto, que resuelvan desde el principio hacer de su predicación el gran asunto de su vida”. Y añadió: “Nuestra obra es lo suficientemente grande como para exigir de nosotros toda la preparación y el talento que podamos aportar a su desempeño [...]. Suya será la tarea de cuidar y pastorear almas. Aporten a ella todo el entusiasmo y la pasión de las riquezas de su propia vida”.

Mucho más sorprendente es la prioridad que un hombre con ideas teológicas tan liberales como el obispo Hensley Henson le daba a la predicación. Sin embargo, en 1927, en sus sermones y discursos de ordenación publicados bajo el título *Church and Parson in England* [*La iglesia y el párroco en Inglaterra*], lamentó “el espectáculo, por desgracia demasiado común, de una congregación que se resigna con tristeza, si no es que con un sueño descarado, a soportar el sermón”. En contraste con este desdén por el púlpito, declaró su convicción: “De todas las acciones del ministerio cristiano, la predicación es la más sublime, y la prueba de nuestra reverencia por nuestra profesión es el cumplimiento de nuestro deber como predicadores”. En consecuencia, exhortó a sus colegas en el clero: “Nunca tengas una visión mezquina de tu deber como predicador [...]. En cierto sentido, podemos decir en verdad que todas las actividades del pastorado se resumen en el ministerio de la predicación”.

La vida y obra de Dietrich Bonhoeffer siguen bajo evaluación. Aunque el valor con el que afrontó su ejecución en el campo de concentración de



Flossenburg en 1945 es universalmente admirado, los eruditos continúan debatiendo lo que quiso decir con algunas de sus afirmaciones teológicas. Quienes mejor lo conocieron, como su amigo Eberhard Bethge, nos aseguran que, en su interpretación “no religiosa” del cristianismo, nunca tuvo la intención de prescindir de la verdadera adoración de la comunidad reunida. Al contrario, esta es esencial precisamente porque es la ocasión en que se puede escuchar el llamado de Cristo:

Si queremos escuchar Su llamado a seguirle, debemos escucharlo donde Él se encuentra: en la iglesia a través del ministerio de la Palabra y del sacramento. La predicación de la iglesia y la administración de los sacramentos son el lugar donde Jesucristo está presente. Si quieres escuchar el llamado de Jesús, no necesitas ninguna revelación personal; basta con escuchar el sermón y recibir el sacramento, es decir, escuchar el evangelio de Cristo crucificado y resucitado.

En una de sus conferencias sobre la predicación, pronunciada antes del estallido de la guerra, Bonhoeffer destacó con mayor fuerza aún la importancia central de la predicación:

Por causa de la palabra proclamada, el mundo existe con todas sus palabras. En el sermón se pone el fundamento de un mundo nuevo. Aquí la palabra original se vuelve audible. No hay forma de evadir ni de escapar de la palabra hablada del sermón; nada nos descarga de la responsabilidad de este testimonio, ni siquiera el culto o la liturgia [...]. El predicador debe estar seguro de que Cristo entra en la congregación a través de las palabras que proclama desde la Escritura.

Ni siquiera la Segunda Guerra Mundial, aunque aceleró el proceso de secularización en Europa, apagó la predicación. Durante la guerra y después de ella, tres distinguidos ministros metodistas ocuparon púlpitos en Londres y atrajeron a grandes multitudes: Leslie Weatherhead en el City Temple, Donald Soper en el Kingsway Hall (y también al aire libre en Marble Arch

y Tower Hill) y Will Sangster en el Westminster Central Hall. Un bromista comentó una vez que la mejor manera de distinguirlos era por sus tres amores: “Sangster amaba al Señor, Weatherhead amaba a su gente, mientras que Soper amaba una buena discusión”. De los tres, Sangster fue probablemente el predicador más elocuente. Nacido en la clase trabajadora de Londres, dejó la escuela a los quince años para trabajar como recadero en la City, pero luego se convirtió en predicador laico metodista a los dieciocho años y, en 1950, fue elegido presidente de la Conferencia Metodista en Gran Bretaña. En su conocido libro, *The Craft of the Sermon* [*El oficio del sermón*] (1954), apenas encontró palabras lo suficientemente sublimes para describir la tarea del predicador. Cerca del principio, escribió:

¡Llamado a predicar! [...] ¡Comisionado por Dios para enseñar la Palabra! ¡Un heraldo del gran Rey! ¡Un testigo del Evangelio Eterno! ¿Podría haber alguna obra más sublime y santa? A esta tarea suprema, Dios envió a Su Hijo unigénito. En medio de toda la frustración y la confusión de los tiempos, ¿es posible imaginar una obra de importancia comparable a la de proclamar la voluntad de Dios a los hombres descarriados?

Y también:

No fue por accidente, ni por el egotismo insistente de los hombres, que el púlpito recibió el lugar central en las iglesias reformadas. Está allí por designio y devoción. Está allí por la lógica de las cosas. Está allí *como el trono de la Palabra de Dios*.

Luego, hacia el final del libro, expresó su convicción personal de que “predicar las buenas nuevas de Jesucristo es la actividad más sublime y santa a la que un hombre puede entregarse: una tarea que los ángeles podrían envidiar y por la cual los arcángeles abandonarían la corte celestial”. Andrew Blackwood comentó algo similar: “La predicación debería considerarse la obra más noble sobre la faz de la tierra”.

Así llegamos a las décadas de 1960, 1970 y 1980. La marea de la predicación bajó y sigue a la baja. Al menos en el mundo occidental, el declive

de la predicación es un síntoma del declive de la iglesia. Una era de escepticismo no es propicia para la recuperación de una proclamación confiada. Sin embargo, no faltan voces que declaren su importancia vital y piden su renovación. Escuchamos estas voces en prácticamente todas las denominaciones. He elegido una muestra de la Iglesia Católica Romana, de la Iglesia Anglicana y de las iglesias libres.

Algunos escritores católicos romanos están sumamente preocupados por el bajo nivel de la predicación contemporánea. Según el anciano teólogo jesuita Karl Rahner, una de las cuestiones candentes de la actualidad se refiere a lo que él denomina “el problema de la predicación”. Se trata del fracaso en relacionar el mensaje cristiano con el mundo cotidiano. “Muchos abandonan la Iglesia porque el lenguaje que fluye desde el púlpito no tiene ningún significado para ellos; no tiene conexión con su propia vida y simplemente pasa por alto muchos asuntos amenazantes e inevitables [...]. ‘El problema de la predicación’ se está volviendo aún más problemático”.

Sin embargo, esto no debería ser así para quienes han leído los documentos que emanaron del Concilio Vaticano II. El sexto capítulo de la “Constitución dogmática sobre la divina revelación”, titulado “La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia”, contiene firmes afirmaciones sobre el deber de estudiar y aplicar las Escrituras:

Los exegetas católicos, y demás teólogos deben trabajar, aunando diligentemente sus fuerzas, para investigar y proponer las Letras divinas, bajo la vigilancia del Sagrado Magisterio, con los instrumentos oportunos, de forma que el mayor número posible de ministros de la palabra puedan repartir fructuosamente al Pueblo de Dios el alimento de las Escrituras, que ilumine la mente, robustezca las voluntades y encienda los corazones de los hombres en el amor de Dios [...].

Es necesario, pues, que todos los clérigos [...] se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte “predicador vacío y superfluo de la Palabra de Dios que no la escucha en su interior” [Agustín], puesto que debe

comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.

El pueblo cristiano, continúa el texto, también debe leer las Escrituras por sí mismo. Para que “así, pues, con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados ‘la palabra del Señor se extienda rápidamente y sea glorificada’ [2Ts 3:1] y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres”.

El ‘Decreto sobre el ministerio y la vida de los sacerdotes’ vuelve sobre este tema y llama al clero romano a predicar el evangelio:

Como nadie puede salvarse, si antes no cree, los presbíteros, como cooperadores de los obispos, tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo [...]. Es siempre su deber enseñar, no su propia sabiduría, sino la Palabra de Dios, e invitar indistintamente a todos a la conversión y a la santidad. Pero la predicación sacerdotal [...] debe exponer la Palabra de Dios, no solo de una forma general y abstracta, sino aplicando a circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio.

La Iglesia Anglicana, como hemos visto, ha sido adornada por una larga sucesión de predicadores talentosos. En los últimos años, sin embargo, ningún líder de la Iglesia ha hecho más para estimular la recuperación de la predicación en la Iglesia de Inglaterra que Donald Coggan, arzobispo de Canterbury de 1974 a 1980. Predicador capaz, que se describe a sí mismo como alguien que ha estado por medio siglo “bajo la gozosa tiranía de ser un ministro de la Palabra”, en gran parte por su iniciativa se fundó en Inglaterra el Colegio de Predicadores (ya bien establecido en Washington D. C.). En su primer libro sobre la predicación, *Stewards of Grace* [*Administradores de la gracia*] (1958), expresó su convicción sobre la indispensabilidad de la predicación con estas palabras:

He aquí el milagro de la economía divina: que entre el perdón de Dios y el pecado del hombre está... ¡el predicador! Que entre la provisión de Dios y la necesidad del hombre está... ¡el predicador!

Que entre la verdad de Dios y la búsqueda del hombre está... *¡el predicador!* Su tarea es vincular el pecado humano con el perdón, la necesidad humana con la omnipotencia divina, la búsqueda humana con la revelación divina.

Mi ejemplo de las iglesias libres es el Dr. Martyn Lloyd-Jones, quien de 1938 a 1968 ejerció un ministerio extremadamente influyente en la Westminster Chapel en Londres. Sin ausentarse nunca de su propio púlpito los domingos (excepto durante las vacaciones), su mensaje llegó hasta los rincones más lejanos de la tierra. Su formación médica y su práctica inicial como médico, su compromiso inquebrantable con la autoridad de la Escritura y con el Cristo de la Escritura, su aguda mente analítica, su penetrante conocimiento del corazón humano y su apasionado fuego galés se combinaron para hacer de él el predicador británico más poderoso de los años cincuenta y sesenta. En *La predicación y los predicadores* (1971), presentado por primera vez como una serie de conferencias en el Seminario Teológico de Westminster en Filadelfia, comparte con nosotros sus convicciones más firmes. Su primer capítulo se titula “La primacía de la predicación”. En él declara: “Para mí, la obra de la predicación es el llamado más sublime, grande y glorioso al que alguien puede ser llamado. Si quieres algo más, te diría sin dudar que la necesidad más urgente de la iglesia cristiana en la actualidad es la verdadera predicación”. Luego, hacia el final del libro, escribe sobre “el romance de la predicación”: “No hay nada igual. Es la obra más grande del mundo, la más emocionante, la más apasionante, la más gratificante y la más maravillosa”.

Con esos superlativos concluyo mi breve reseña histórica. Está lejos de ser completa y no pretende ser una “historia de la predicación” exhaustiva. En cambio, es una selección de testimonios muy subjetiva. Sin embargo, tiene al menos un doble valor.

Primero, demuestra cuán larga y amplia es la tradición cristiana que concede gran importancia a la predicación. Abarca casi veinte siglos, comenzando con Jesús y Sus apóstoles, continuando con los padres de la iglesia primitiva y los grandes teólogos-predicadores postnícenos como Crisóstomo en Oriente y Agustín en Occidente, pasando por los frailes predicadores medievales Francisco y Domingo, los reformadores y los puritanos, Wesley

y Whitefield, y culminando en eclesiásticos modernos de los siglos diecinueve y veinte. Segundo, esta larga y amplia tradición es congruente. Sin duda, ha habido excepciones que descuidaron e incluso denigraron la predicación, a quienes he omitido de mi relato. No obstante, estas han sido solo eso: excepciones, desviaciones deplorables de la norma. El consenso cristiano a lo largo de los siglos ha sido magnificar la importancia de la predicación y recurrir a los mismos argumentos y vocabulario para ello. Es casi imposible no sentirse inspirado por este testimonio común.

He aquí, pues, una tradición que no puede descartarse a la ligera. Ciertamente, puede examinarse y evaluarse. Ciertamente, hoy se ve desafiada por la revolución social de nuestra era. Ciertamente, los desafíos deben enfrentarse con franqueza e integridad, como procuraremos hacer en el próximo capítulo. Sin embargo, podremos evaluarlos con mayor imparcialidad y sentirnos menos amenazados por el ataque y menos deslumbrados por los argumentos ahora que hemos repasado la historia de la iglesia y vislumbrado la gloria de la predicación a través de los ojos de sus defensores en cada siglo.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra  
del libro *La predicación: puente entre dos mundos*.

Para conseguir el libro completo y conocer más  
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!